

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Francisco Rico, *El pequeño mundo del hombre*, Alianza Universidad, Madrid, 1986, 380 páginas.

Es probable que la historia de las ideas fuese una disciplina relativamente antigua. Quien le dio nombre y la definió y realmente la fundó fue el filósofo realista norteamericano Arthur O. Lovejoy en uno de los grandes libros del siglo xx: *The Great Chain of Being* (1936). La historia de las ideas ligada a la historia de la filosofía, difiere de ésta en cuanto pretende remitir a unidades o, para ser más exactos, a *unit-ideas* (ideas-unidad). Así se expresaba en la introducción a su libro el pensador norteamericano: "Por historia de las ideas entiendo algo a la vez más específico y menos restringido que la historia de la filosofía. Aun cuando trabaje en gran parte con el mismo material utilizado por otras ramas de la historia del pensamiento y dependa grandemente de los trabajos previos realizados por ésta, divide este material de manera distinta, reúne las partes en nuevas agrupaciones y relaciones". Esta forma de hacer his-

toria es necesaria para hacer historia de la filosofía y ha tenido desarrollos fecundos entre nosotros. Para limitarme a México quiero recordar los libros de Leopoldo Zea sobre el positivismo y, el libro póstumo de José Gaos *Historia de nuestra idea del mundo*, libro que, de haberse publicado en inglés o francés, sería considerado hoy por todos, como lo es para nosotros, como una obra clave en este universo mundo tantas veces sordo ante las expresiones hispánicas o ibéricas. Pero dejémonos de malos humores y de jereniadas. El libro de Francisco Rico que aquí me ocupa (*El pequeño mundo del hombre*) es ejemplar.

Cierto, *El pequeño mundo del hombre* apareció por primera vez en 1970. Ahora, en parte vuelto a escribir y, sobre todo puesto al día, consta de sesenta y cinco nuevas páginas finales que Rico ha querido llamar *Postdata*, 1985.

Tema: el del hombre como "microcosmos". Desde la introducción, Francisco Rico nos recuerda la antigüedad del tema y de su vivencia. El hombre como "microcosmos" o, como lo llama Lope de Vega "pequeño mundo", aparece en los pita-

góricos —¿antes en los órficos?— en Platón, el Platón del *Timeo* que, por cierto, no usa la voz “microcosmos”. Tanto esta palabra como “macrocosmos” son, al decir de Rico, “voces ausentes”, aun cuando todo lo que dirán más tarde (o casi todo) están ya en Platón. En efecto, por pequeño que sea el hombre del *Timeo* contiene al mundo.

La introducción de Rico es luminosa; lo es acaso de manera especial en lo que toca a Filón de Alejandría, en muchas de sus obras pero crucialmente en *La creación del mundo*.

Escribe Rico que la Introducción al libro tan sólo aspira a recordar la antigüedad y el desarrollo de esta idea —¿*unit-idea*?— de Grecia a los tiempos modernos. Por otra parte, Rico limita su campo a la historia de la literatura y del pensamiento en España, de esta literatura que, parafraseando a Heidegger, con frecuencia, es obra de escritores que piensan.

La primera parte de *El pequeño mundo del hombre* está dedicada a textos medievales, con un estudio especialmente brillante y erudito sobre *El libro de Alexandre*, que me ha llevado a reeler en buena medida. Fundamental es el subcapítulo dedicado a Alfonso el Sabio, analizado hace tiempo desde el punto de vista hermético por Enrique de Rivas y ahora visto a la luz también de escuelas y sectas herméticas surgidas, ante todo, de la tradición árabe y de la “secta” o grupo de los Hermanos de la Pureza. En suma, si la tradición del hombre como un mundo pequeño puede ser una tradición ajena a los secretos, muchas veces está ligada a grupos de iniciados o iniciáticos. Tal es el caso de Ramón

Llull (Raymundo Lulio) excelentemente estudiado por el crítico inglés Robert Pring-Mill en un libro, repetidamente citado por Francisco Rico (*El microcosmos lul·lià*), escrito por su autor, en los años cincuenta, en mallorquín o, más exactamente, en catalán de Mallorca. Podríamos añadir, cercanos a Frances Yates, que en Llull empieza a presentarse lo que en el Renacimiento será la “cábala cristiana”, sobre todo practicada por italianos aunque no únicamente por ellos (pienso, *primum inter pares*, en Giovanni Pico della Mirandola).

Imposible seguir aquí todos los autores analizados por Rico; imposible y ocioso porque quien se interese tendrá que leerlo a fondo. Recuerdo un caso, todavía en la Edad Media: el del Infante Don Juan Manuel, quien, según cita de Rico, define al hombre de una manera rara y exacta: “otrosí semeja el homne al árbol trastornado”.

Renacimiento: Ramón Sabiuda y Juan Luis Vives. Sabiuda, filósofo catalán, dio lugar a una mala interpretación famosa. Me refiero a la *Apologie de Raymond Sebond* de Montaigne. Sabiuda se sitúa, lo ve con claridad Francisco Rico, en la tradición agustiniana y ofrece la visión del hombre como “microcosmos” en quien está sembrada la posibilidad de conocer a Dios. Escribe Rico: “en Sabiuda, elementos, plantas, animales, todo acrece su valor (ya Llull lo había insinuado) cuando se encierra en el hombre, en tanto *omnia habent in homine esse humanum sunt coniuncta cum libero arbitrio, quod est dignissimum inter omnia creata*”. De tal manera, en el hombre toda la creación se vuelve hacia Dios”. Me nos clara la interpretación de Vives,

acaso mi único punto de parcial discrepancia con Francisco Rico. Para Rico es Vives un humanista en dos sentidos: en cuanto cultivador de los clásicos y en cuanto estilista en un latín muy puro. Sin duda, Vives fue humanista en estos dos sentidos complementarios de la palabra. Pero, y aun cuando el término sea más moderno, Vives fue un humanista en cuanto vio la honda dignidad del hombre (así en el *De anima*, así en *Concordia y discordia*, así en sus obras pedagógicas). Vives es también el humanista que influirá en Cervantes de Salazar, como fue influido por Erasmo el obispo Zumárraga y por Tomás Moro Vasco de Quiroga. Sí, la *Philosophia Christi* se realizó como tal en los discípulos hispanomexicanos de los humanistas europeos. Sea lo que sea, Rico recuerda un texto olvidado y hermoso donde Vives remite al tema del hombre—"microcosmos": la *Fabula de homine*.

Fray Luis de León, situado en la tradición pitagórica, platónica, neoplatónica, es, en cuanto al tema que nos ocupa, mucho más conocido. A él dedica Rico uno de los mejores subcapítulos de su libro; escribe: "... el hombre se alza a perfección—alcanzando con él a todas las cosas— precisamente en tanto 'menor mundo', por ser lazo de lo visible y lo invisible". Dios ha creado la "compostura" de nuestro mundo, "descubrirla — e s c r i b e Francisco Rico— e imitarla conduce a la plenitud moral, lleva al hombre al íntimo ajuste consigo mismo, a la paz".

No me ocuparé aquí de los estudios breves y precisos que Rico dedica a Lope de Vega, a Calderón de la Barca, a Gracián. Prefiero recordar lo que dice de los filósofos y la

filosofía y de lo que percibe en el pensamiento de Quevedo.

El hecho es claro. Ninguno de los filósofos clásicos españoles —a excepción de Lull, claro está— se refiere al hombre como "pequeño mundo". Francisco Suárez, el mayor de los filósofos españoles del xvii, solamente una vez se refiere, de pasada, a la idea del hombre como "microcosmos". Más poético, si así se quiere, es Fox Morcillo, tampoco en su obra brillante —doblemente brillante, en cuanto a originalidad y en cuanto a estilo— hace mella el "microcosmos" clásico. ¿R a z o n e s? Parecen claras. Escribe Rico: "En las cátedras universitarias, en los seminarios, los profesionales se dedicaban más bien a formular, según método altamente especializado, un manojito de quintaesencias: hacer filosofía acababa por ser, entre ellos, hacer metafísica, y claro está que la equiparación de hombre y mundo no entraba en tal categoría. Demasiado imprecisa y vulnerable al análisis técnico de la '*Prima Philosophia*', la noción debía aparecer a sus ojos como hipótesis útil para ciencias de menor dignidad (la medicina, por ejemplo) o como simple metáfora, cosa de literatura". A lo cual podríamos añadir que si el filósofo desdeña, en la filosofía, metáfora y letras se equivoca porque las metáforas están en *todos* los filósofos y, bien empleadas, ayudan al pensamiento. Díganlo si no Platón, Agustín, Descartes, el propio Hegel y aun los más antimetafóricos contemporáneos. Pero volvamos a Rico y a su libro.

Más apasionante que los filósofos, sus contemporáneos, es en la España del xvii, Don Francisco de Quevedo. También es más filósofo que muchos

de ellos según muchos han tratado de probar.

Quevedo grandioso, lleno de muecas y tics, enervado por una España que se derrumba, genio malo y mal genio fue un humanista y un humanista desengañado. ¿Dónde los valores ahora que se derrumban “los muros de la patria mía”? Quevedo, naturalmente, es satírico, lo cual suele manifestarse con humor malhumorado. Así, como lo hace notar Francisco Rico, cuando Quevedo habla en *El sueño de la muerte* “la proverbial Quintañoa”, “abreviación de otro mundo” o cuando critica a Góngora —¡con qué “espeluznante” violencia!— y dice:

Microscómete Dios de inquiridiones.

Los análisis de Francisco Rico llegan hasta tiempos modernos y contemporáneos. Rico ve la presencia del “pequeño mundo del hombre” en los krausistas —en Krause, sin duda; también en Don Julián Sanz del Río y en esta novela hermosa que es *El amigo Manso*, de Galdós. Más recientemente en Rubén Darío y en poetas actuales como José Herro.

Libros que deben leer críticos y maestros de filosofía —sobre todo de historia de la filosofía— *El pequeño mundo del hombre* es indispensable; tan indispensable como ameno, con algún dejo de humor, y con un estilo que tiene la precisión del estilete.

¿Qué logra Rico? Justamente lo que Lovejoy quería que se lograra. En una época de “compartimentaciones” y de “mentes compartimizadas” hay que ver a la vez con detalle y con espíritu abierto. Es lo que hace Rico, este erudito —muy conocido

en el campo de las letras— en el *Pequeño mundo del hombre*.

RAMÓN XIRAU

Stephen N. Thomas, *The Formal Mechanics of Mind*, Harvester Studies in Cognitive Science, The Harvester Press, Hassocks, Sussex, 1979, 325 pp.

Este libro de Thomas constituye un estudio ambicioso acerca de los fundamentos conceptuales de la psicología y la neuropsicología y un intento por suministrar lo que él llama una nueva “estructura conceptualizadora”<sup>1</sup> que permita plantear problemas solubles dentro de aquellas disciplinas así como sentar las bases para su desarrollo futuro. Thomas se propone introducir un nuevo modo de representación de los fenómenos mentales, y de los sujetos psicológicos, mediante la construcción de un modelo del funcionamiento de la mente que, por un lado, proponga ciertas salidas a los atolladeros en los que filósofos y psicólogos se han visto metidos por el manejo de modelos inadecuados para comprender y explicar los fenómenos mentales y que, por otro, se ciña más estrechamente a “los hechos” (p. 13).

En la introducción al libro que nos ocupa, Thomas adelanta una hipótesis acerca de la naturaleza y la génesis de los problemas filosóficos en general: “Estos —nos dice Thomas— son simplemente manifestaciones de la falta de estructuras conceptualizadoras satisfactorias” (pp. 14-15). Los

<sup>1</sup> La noción de estructura conceptualizadora es ampliamente caracterizada en el Apéndice III del libro, pp. 281-284.